

Un loco bajo la lluvia

JOSE ANTONIO ABELLA

HAY días en los que uno siente ganas de rendirse, de tirar la toalla, de gritar —o balbucir— hasta aquí hemos llegado pero se acabó. Son horas amargas en las que no está uno para nada ni para nadie, momentos en los que ni las ideas aspiran a ideales ni los pasos a camino.

No es que en esos días ningún camino merezca la pena de ser recorrido, que ninguna causa valga el esfuerzo de luchar por ella; es, sencillamente, que uno a veces se siente tan solo y tan cansado que hasta los caminos más hermosos le parecen demasiado largos y las causas más nobles, irremisiblemente perdidas.

Pero la vida, por fortuna, está llena de pequeños revulsivos que tonifican el espíritu en sus minutos más grises. Y uno de estos revulsivos, ejemplo de que no hay corazón débil si la esperanza sobrevive, es el que tuvimos la suerte de disfrutar, hoy hace justamente una semana, en la terraza de San Juan de los Caballeros: su nombre, Carlos do Carmo.

Había comenzado a llover y el público que presenciaba la penúltima jornada de los Encuentros de Folk «Agapito Marazuela», arracimado bajo los árboles, esperaba a que escampara o a que la actuación se suspendiese. Pero no sucedió ni lo uno ni

lo otro y, tras unos minutos de tregua, apenas Carlos do Carmo inició su recital, arreció la lluvia. Y con la lluvia, contra toda lógica, el hechizo de lo inesperado.

Porque sucede que Carlos do Carmo posee la magia sencilla e infrecuente de corporeizar los sentimientos, de magnetizar las gotas de agua y el aire de la noche, de penetrar los corazones con el escalofrío cálido de lo verdaderamente humano. Que su pelo gris y blanco aguantara bajo la lluvia no hubiera tenido mayor trascendencia: él es un caballero antiguo y los caballeros antiguos pueden ser protagonistas de todo tipo de locuras. Lo verdaderamente maravilloso es que el público permaneciera como él, encandilado bajo el agua, más atento al embrujo del fado que al entumecimiento de sus huesos. Es difícil describir lo que allí pasó: algo más, mucho más que un cantante de fados y unos espectadores bajo el aguacero. Una hora mágica en la que ni los paraguas ni las mantas sobre las cabezas pudieron impedir que la lluvia, aliada con la voz y la guitarra para hacerse emoción, calara ese espacio íntimo, a medio camino entre el hígado y el alma, donde la esperanza duerme y el corazón acecha.

Son esos momentos mágicos los que a uno le reconcilian con su ciudad y con su mundo; son esas decenas o

centenares de personas las que le dicen que la vida —aunque su sentido escape a nuestra comprensión— merece la pena ser vivida. Poco importa que esas personas sean siempre las de siempre; las mismas entre cuyas caras uno podía reconocer a quienes, con una vela encendida, se reunieron durante muchos

jueves de invierno en una plaza nocturna; las mismas que juntan sus voces para protestar por una cañada invadida de asfalto; para reivindicar una ciudad a la medida de lo humano; para proclamar que la libertad de conciencia está por encima de la inconsciencia del acatamiento... Esas personas existen y, aunque sólo fuera por ellas, no hay camino largo ni causa perdida. A fuerza de verlas en los mismos sitios se van haciendo seres queridos, porque no en vano la costumbre es uno de los ingredientes más sólidos del amor. Y a fuerza de ir-las queriendo, uno las va necesitando, porque sólo la unión afectiva acaba siendo efectiva.

Claudia de Santos, que además de conocer la lengua de las flores que nacen al borde de los caminos es capaz de interpretar el idioma de las emociones expresadas en cualquier idioma, me explicó que uno de los fados decía algo así como que todos somos

raíces de un mismo tronco... Gracias, Claudia. Gracias, Carlos do Carmo. Porque instantes como ése son los que nos hacen sentir que todo paso es necesario, que todo esfuerzo es útil, que nada hay tan hermoso como plantar la semilla de unos árboles cuyas flores no veremos, cuya sombra no gozaremos, pero cuyos frutos se harán jugo en otros

labios. Gracias por recordarnos que «las cosas bellas sólo pueden ser de quien las ama»; que «el mundo es de los locos, aunque tarda».

Cuando finalizó el recital, la noche se quedó cantando un fado de lluvia y esperanza: el mundo es de los locos, sí, porque no hay mayor locura ni mayor fracaso que renunciar a la utopía.

«Carlos do Carmo posee la magia sencilla e infrecuente de corporeizar los sentimientos

”